

Mi primer día de jardín

victoria lis marino



Capítulo 1

Mi primer día de jardín.

Por Victoria Lis Marino

Esa mañana estaba todo listo para arrancar el primer día del jardín de infantes. Mamá había preparado el desayuno más rico que te pudieras imaginar, había tostadas, fruta, panqueques y hasta muffins, era una fiesta de sabores y era toda para mi. Mamá decía que ese día era muy importante, porque comenzaba una etapa nueva, llena de diversión y amigos por conocer. Yo no entendía muy bien qué quería decir, pero la palabra fiesta y todo eso tan rico me hacían sonreír.

Desayunamos juntas, nos peinamos, y mamá me disfrazó con una ropita nueva que llamaba uniforme, un delantal de colores que me hacía sentir especial. Mamá me miraba con cariño y decía que ese delantal era mágico, porque nos daba ganas de aprender y nos hacía sentir grandes.

-Ahora vamos a conocer a tu seño y a tus nuevos amiguitos, dijo mami con entusiasmo.

-Yupi!!! Grité yo de contenta.

Cuando llegamos a la escuela, no se parecía en nada a lo que me había imaginado: era como un campo lleno de hojas de colores en el suelo, había algunos edificios de ladrillo, otros pintados de azul, y árboles por todos lados. Qué lindo que era, parecía que el sol brillaba en cada rincón.

Había muchos chicos vestidos igual que yo. - ¡qué poco originales!, pensé, si era una fiesta, ¿No había que ponerse cosas distintas? Mamá me miró y me dijo que todos teníamos que ponernos lo mismo, nenes y nenas para que las seños supieran que éramos del mismo equipo, de la misma salita, en la misma escuela. Igualmente yo no entendía, por qué los nenes y las nenas teníamos que vestir igual, si los varones nunca usaban vestido.

En el parque me encontré dos nenes y dos nenas, que tenían tanta curiosidad como yo, y un pequeñito que se escondía detrás de la pollera de su mamá. Me acerqué y le pregunté al niño por qué tenía puesto un delantal, si esas eran cosas de nena.

El pobre se enojó conmigo y me contestó que eso no era de nena, que era el uniforme. Yo seguía sin entender.

Mamá me retó, me dijo que no hay ropa de nena y ropa de nene, la ropa es igual para todos. Y aclaró que en la escuela, las nenas y nenes son simplemente niños que vienen a aprender cosas divertidas, geniales,

asombrosas y también aprenden a tratarse muy bien. Aparentemente, o según mamá, nos ponían los delantales para que no hubiera competencia con nadie, por que aquí no había privilegios, la fiesta se compartía.

Después me acerqué a las niñas, que también estaban vestidas igual que yo, y les pregunté si hoy empezaban el jardín. Me contestaron que sí, y enseguida las agarré de la mano e hicimos una ronda, jugamos con las hojas y saltamos hasta que apareció una señora alta, tan alta que llegaba al cielo; tenía un hermoso sombrero violeta, y nos dijo a todos que había que entrar a la salita.

Ingresamos con cuidado, todos agarrados de mamá, papá y algún abuelo. Yo pensaba que el camino era como un laberinto, me daba un poco de miedo; pero cuando por fin llegamos, vimos que había mesitas enanas por todos lados, una biblioteca llena de cuentos, cajones con juguetes, máscaras colgadas y una pared entera para pintar. ¡Qué divertido, parecía que todo estaba hecho a nuestra medida! No había nada de feo en ese lugar, era increíble.

La señora tomó una guitarra y nos cantó una canción de bienvenida, tras lo cual le pidió a los papás y las mamás que nos dijeran adiós y se fueran. ¡Qué terrible! ¿Mamá se iba a ir? ¿A dónde se iba? ¿Me iba a venir a buscar? ¿Y si se olvidaba? Yo tenía tantas preguntas que no sabía por donde empezar y a más de uno se le llenaron los ojos de lágrimas.

De repente se hizo un silencio, la señora del sombrero nos miró a todos y nos dijo: -Este es un jardín mágico donde pasan cosas que sólo pueden descubrir y entender los niños; y si las mamás y los papás se quedan, la magia no se puede hacer. . . - Entonces- ¿Quién quiere hacer magia?, nos preguntó la señora.

Todos gritamos al unísono: "¡Yooooooooo!, y gritamos: "¡magia, magia, queremos magia!". Y entonces, la señora nos dio a cada uno, algo muy especial, un pedacito de tiza de colores para dibujar en esa gran pared verde, las cosas que más nos gustaban y que queríamos se hicieran realidad. Todos dibujamos cosas extraordinarias, caracoles, dragones, juguetes de todo tipo, gusanitos y flores, y nos olvidamos del tiempo; y yo, ¡hasta del uniforme!

A partir de esa mañana, mis nuevos amigos y yo, nos convertimos en magos profesionales: hacíamos magia en el recreo, magia en el aula con la señora, magia en casa con mamá y papá. Según mamá, hacíamos magia cada vez que aprendíamos algo nuevo, porque habíamos descubierto, la magia del conocimiento.